

Bilbao, 1995; *Nosotros los vascos: gran atlas histórico de Euskal Herria*, Donostia, 1995; *Bilbao desde sus alcaldes*, Bilbao, 2002-2008; *Historia de Euskal Herria: historia general de los vascos*, Donostia, 2004; *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia, 1876-1939*, Vitoria, 2007; con José Ramón Urquijo, *150 años del Convenio de Bergara y de la ley del 25-X-1839*, Vitoria-Gasteiz, 1990; con Mikel Urquijo, *Storia locale e microstoria, due visioni in confronto*, Bilbao, 1993; *Historias regionales-Historia nacional: la Confederación Helvética*, Bilbao, 1994; *Perspectivas de la historia local en Catalunya*, Bilbao, 1994; *Perspectivas de la historia local: Galicia y Portugal*, Bilbao, 1996; *Contributions to European Parliamentary history*, Bilbao, 1999; *Diccionario biográfico de parlamentarios españoles*, Madrid, 2012.

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra

---

Archilés Cardona, Ferran; Martí Martínez, Manuel; García Carrión, Marta y Andreu Miralles, Xavier, *Ser de Castelló. La identitat local en l'època contemporània (c. 1880-1936)*, Castellón, Fundació Dávalos-Fletcher, 2011. 246 pp. Ibsn: 9788469484845.

Pròleg, p. 5. Introducció, p. 9. Capítol primer: La construcció historiogràfica del mite, p. 25. Capítol segon: Les festes de la llibertat, p. 41. Capítol tercer: Anys de canvis (1908-1910), p. 87. Capítol quart: 1911-1923: L'inici de la fi del model d'identitat republicana?, p. 95. Capítol cinqué: 1923-1930: La Dictadura de Primo de Rivera. L'hora de l'*altre* Castelló?, p. 145. Capítol sisé: Els temps del *Tombatossals*, p. 175. Capítol seté: 1931-1936: El cant de cigne de les festes republicanes, p. 197. Epíleg, p. 231. Fonts i bibliografia, p. 233.

Ante la potencia del marco explicativo nacional-estatal, cualquier otra perspectiva parece haber tenido poco éxito en el amplio espectro de las ciencias sociales. Su larga sombra se proyectaba sobre cualquier análisis de la realidad del pasado o del presente hasta tiempos no tan remotos. A partir de los años sesenta del pasado siglo, sólo la puesta en cuestión de ese modelo permitió asumir en el marco académico la pertinencia y adecuación al esquema científico del estudio local, aunque éste fuese habitual entre los eruditos y aficionados ya desde el siglo XVIII cuando menos. Por su parte, lo relacionado con la identidad se ha incorporado de manera paulatina en los últimos años, casi ya en nuestro siglo, como refleja el Diccionario de la RAE en su versión en línea, que por lo que aquí interesa señala en dos de sus acepciones: “rasgos propios

de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás” y “conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a los demás”. Hasta este momento no se incluía este sentido que tan evidente puede llegar a parecernos en nuestro tiempo, al menos si atendemos al abundante uso que hacemos de él. Valgan como ejemplos, sin mayor pretensión de representatividad, la presencia de 6.572 referencias en el catálogo colectivo de Rebiun con “identidad” en el título. Aunque en la percepción actual comienzan a aparecer en la segunda mitad de los años sesenta, la mayoría corresponden a los años ochenta y posteriores; a su vez, de las 1.870 referencias en el catálogo en línea de la Biblioteca Nacional de España que recogen la palabra identidad en el título, 1.728 son del año 1980 o posteriores.

A comienzos de la década de los cincuenta, cuando el psicoanalista Erik Erikson comenzó a emplear la idea de la “crisis de identidad” con el sentido actual, supuso una novedad llamativa, pero también un concepto difícil de encerrar en una definición clara. De hecho, el empleo de esta palabra se ha extendido considerablemente, entrando en un proceso de cierta banalización y pérdida de sentido. Pese a ello, lo seguimos empleando con profusión, y sigue siendo útil, porque su uso inteligente aporta un marco en el que insertar procesos complejos y en transformación permanente, muy adecuados para analizar la comprensión y autopercepción de los grupos. Y aunque su aplicación tendió inicialmente a circunscribirse al entorno de la nación, pronto entró en el círculo de lo local, puesto que la escala de observación permitía un análisis en profundidad (podríamos decir total si el término no estuviera también desgastado por el uso).

Es en esta intersección en la que cabe situar el libro que encabeza Ferran Archilés y que nos ofrece un estudio revelador, local pero no localista, centrado en Castellón, pero no para uso exclusivo del orgullo local, de un hecho con pretensión de identificar la personalidad colectiva, la identidad, en definitiva, del conjunto. Cuando los días 7, 8 y 9 de julio de 1837 las tropas carlistas dirigidas por Cabrera conminaron a la ciudad a rendirse no imaginaban que de la respuesta a su ultimátum y de su retirada final surgiría el elemento a través del cual se iba a definir la ciudad y sus habitantes hasta 1936. Lo significativo es que, como señala el prologuista, Ismael Saz, se estaba poniendo en juego una disputa entre culturas políticas rivales que se saldó con el triunfo de una de ellas y, por tanto, de la identidad local por esa fuerza abanderada. Se trataba de una visión y comprensión del mundo, un mapa cognitivo que dotaba de sentido y configuraba las experiencias de sus seguidores, y que dibujaba por ello las fron-

teras de la identidad del grupo (p. 13). La opción dominante, entre las disponibles, se afianzó a lo largo del tiempo, en medio de un complejo conjunto de mecanismos mediante los cuales legitimar su predominio, consolidarlo y difundir sus argumentos entre la población, a fin de que ésta asumiera las propuestas principales del mismo. Mientras, las culturas políticas cuya propuesta identitaria quedaron marginadas, buscaron la supervivencia a través de otro tipo de mecanismos. De hecho, en este libro se habla de tres modelos: el liberal-republicano, el conservador y el valencianista (se mencionan también, aunque apenas tuvieron peso en la definición de la identidad del conjunto, el socialista y el carlista). El primero dominó durante todo el período analizado, pero el segundo presentó su alternativa y el tercero fue logrando un lugar bajo el sol, sobre todo al final del período, aunque también mantuvo cierta presencia en los anteriores. Estas narrativas de sentido construidas para explicar el significado de la ciudad se apoyaron primordialmente en unas élites que difundieron sus mensajes de arriba abajo. El pueblo era el receptor del mensaje, canalizado a través de actos públicos (cívicos, políticos y de todo tipo), la prensa o los productos culturales que como la música, el arte o la literatura, articulaban los contenidos básicos. A ello habría que añadir la apropiación del espacio público mediante manifestaciones, actos y mítines o la creación de monumentos, rotulado de calles y establecimiento de lugares de la memoria, como el obelisco que conmemoraba los hechos de julio de 1837 y que se convirtió en referencia obligada en todas las ceremonias de recuerdo y en encarnación del doble patriotismo.

Como queda claro en todo el libro, una identidad dominante no implica fosilización, más bien la posición de dominio implica asumir una constante adaptación a los cambios sociales que se producen en su entorno. De hecho, la identidad local se conjuga y fundamenta la identidad nacional que en este caso concreto une la lucha contra el carlismo de 1837, es decir, contra el enemigo de España y su libertad, con todas aquellas batallas emprendidas con cualquier otro enemigo de la nación española. Se recogía así el mencionado doble patriotismo, que en el caso concreto de Castellón se repitió durante todo el período. Pero junto a él, también se mantuvo una postura ambivalente respecto al regionalismo valencianista: “la diferència entre els dos models del patriotisme local no estava en el seu *espanyolisme*, ja que per a tots dos era indubtable, sinó en el grau de *valencianisme* que podien contemplar” (p. 21). A lo largo de las páginas de *Ser de Castelló* se explica la identidad republicana y su fortaleza, en buena medida por su capacidad para llegar al conjunto de la población; y por mantener los lazos de fidelidad a través de mensajes explícitos, como el juego con el anticlericalismo.

Con ello se reforzaba una identidad local que sirvió de base para la comprensión de todo lo relacionado con la ciudad y sus múltiples aspectos. También es significativo que cada una de las dos principales identidades en liza, la republicana y la conservadora, recurrieran a mecanismos específicos para reflejarla, la historiografía en el primer caso, la literatura y el arte costumbrista la segunda, con Salvador Guinot como principal referencia. Era el horizonte de expectativa en el que el primero fundamentaba su proyecto de futuro, mientras que el segundo lo hacía en el espacio de experiencia, en la acumulación de un modelo de comprensión afirmado en el tiempo pasado. Esta dualidad la podemos encontrar en otras circunstancias y situaciones que nos muestran cómo los grupos canalizan sus aspiraciones hacia la autocomprensión y el proselitismo a partir de ella.

Dado el dominio identitario que ejerció el republicanismo, el peso fundamental del análisis en estas páginas se centra en ellos, partiendo de la construcción historiográfica del mito de la resistencia y heroicidad de la ciudad frente a la amenaza carlista. Primero de forma cronística, después más historiográfica, el objetivo era siempre mostrar la lucha y la adhesión de los castellonenses a la libertad. Este relato inicial se consolidó especialmente en los años ochenta, a partir de figuras como Luis Bellver, Juan Antonio Balbás o Arcadio Listar, que contribuyeron a fijar una narrativa que se mantuvo estable y casi incuestionada durante todo el período. A partir de esta base, se realizó la difusión, a través de la prensa, pero especialmente por medio de la fiesta conmemorativa anual, dominada crecientemente por unos republicanos que se apropiaron y asumieron el original sentido liberal, además de dominar políticamente la ciudad. Fue en el eje del Sexenio en el que la fiesta comenzó a asentarse, aún con el ideal liberal compartido por casi todas las fuerzas principales, hasta que el tránsito de siglo lo ponga en manos republicanas. La continuidad entre un pasado que se remontaba a la fundación de la ciudad por Jaume I en el siglo XIII, las germanías, la lucha contra franceses y carlistas y el presente, marcaba una legitimidad historicista que reforzaba la posición de los republicanos, que se percibían como la encarnación contemporánea de la lucha por la libertad que el pueblo castellanense representaba y la conectaba con la aspiración a esa misma libertad del conjunto de los españoles.

Sin embargo, la constante negociación implícita de la identidad mostraba sus problemas en la creciente conflictividad que desde la segunda década del siglo XX se mostró en ocasiones con crudeza, y que enfrentó tanto a los republicanos con los conservadores, como con los jaimistas. Los unos los criticaban por la politización de las conmemoraciones y la manipulación de lo ocurrido en

1837, proponiendo darle un sentido más económico a la celebración, los otros recurrían a la acción, Entre ellos, además, comenzaron a aparecer los socialistas hacia 1918 y ya en los años veinte un creciente valencianismo que mostró todo su potencial identitario a partir de 1930. Un resultado de ello fue el decaimiento de la manifestación cívica, y con él el declive del conjunto de los actos, en buena medida también por la dictadura de Primo de Rivera. En este sentido, la labor del régimen de 1923 tendió primero a limitar cualquier pluralidad, pero también dio paso a cierto regionalismo que conectaba con la visión conservadora preexistente. En ambos casos, lo que sufría era la identidad asociada a la cultura política republicana dominante hasta el momento. La posibilidad de otro Castellón adquiriría una forma más definida, planteando por ejemplo la creación de un jardín de castellonenses ilustres escogidos entre quienes se ajustarían al modelo alternativo, pero también adoptando la forma de competiciones deportivas o la preferencia por las fiestas dedicadas a la Magdalena: “Si la identitat que els republicans havien bastit tenia en les festes una peça clau, del que es tractava era, amb certesa, d’oposar-ne un model de festes alternatiu” (p. 163). En cualquier caso, donde se mostró de forma más clara fue a través de una literatura costumbrista de gran éxito sobre todo en su faceta teatral, en la que el mundo rural del raval que circundaba la ciudad se convertía en modelo identitario, en la verdad por excelencia del auténtico pueblo de Castellón. De nuevo el reflejo del espacio de experiencia frente al horizonte de expectativa.

Con la llegada de la República la fiesta, bajo su interpretación republicana, vivió su canto de cisne. La de 1931, asociando 1837, libertad y República, supuso un éxito, pero los años siguientes mostraron la debilidad de la posición dominante y la falta de credibilidad de una narrativa anquilosada, presa de la paradoja entre la retórica antisistema y la colaboración directa con las instituciones que gobernaban en España. Terminada la guerra, la identidad dominante será otra muy distinta, con las fiestas cívicas de julio desaparecidas y la narrativa de sentido apoyada en otras bases. Sin embargo, aún mantuvo lazos con el período de dominio republicano, pues el acentuado sentido localista desarrollado en el franquismo provenía en buena medida de él.

Ser de Castellón pasaba a significar otra cosa, algo que otros estudios recogerán, en buena medida a partir de este modélico estudio de identidades locales que tiene en la historia cultural un fundamento sólido y que muestra cómo lo local puede ayudar a entender lo universal y cuestiones como el género, la sociabilidad o la cultura popular, entre otros muchos elementos que recorren estas páginas. Tal vez puestos a pedir, desde la lejanía geográfica, un

plano de Castellón hubiera ayudado a situar mejor las referencias apuntadas, aunque siendo ésta la única objeción planteada, no deja de ser un minúsculo detalle de una obra redonda.

Los tres primeros autores de este libro forman parte del departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia. Ferran Archilés es Profesor Ayudante Doctor y entre sus publicaciones destacan, como autor: *Parlar en nom del poble: cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme de Castelló de la Plana, 1891-1909* (2002); *Una singularitat amarga: Joan Fuster i el relat de la identitat valenciana* (2012); y, como editor: *Discursos de España en el siglo XX* (2009); *Transició política i qüestió nacional al País valencià* (2010); *La regió de l'exposició: la societat valenciana de 1909* (2011); *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea* (2011); *La nación de los españoles: discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea* (2012). Manuel Martí Martínez es Profesor Titular y su investigación se ha dirigido preferentemente hacia la historia de Castellón. Ha publicado *Cossieros i anticossieros: burgesia i política local. Castelló de la Plana, 1875-1891* (1985); *L'Ajuntament de Castelló de la Plana (1875-1891) del triomf de la restauració a l'ascens de la nova política* (1989). Marta García Carrión es profesora asociada y ha investigado fundamentalmente sobre la imagen de la nación española en el cine, cuestión de la que ha publicado numerosos artículos. Xavier Andreu Miralles ha escrito diversos estudios en revistas y libros colectivos sobre la percepción de la nación española especialmente en el siglo XIX.

Francisco Javier Caspistegui  
Universidad de Navarra

---

Dionisio Vivas, Miguel Ángel, *Isidro Gomá ante la dictadura y la República. Pensamiento político-religioso y acción pastoral*, Toledo: Instituto Teológico San Ildefonso, 2011, 395 pp. 24 cm. ISBN 978-84-938979-5-6.

Introducción. Capítulo 1. Algo más que un título. Capítulo 2. Una Iglesia a la sombra de la Restauración (1869-1923). Capítulo 3. Bajo la paz de Primo de Rivera (1923-1930). Capítulo 4. El terremoto republicano (1931-1933). Capítulo 5. Arzobispo de Toledo (1933-1936). Capítulo 6. La cuestión de la primacía. Capítulo 7. Conclusiones. Apéndice documental. Fuentes documentales. Bibliografía. Índice onomástico. Índice general.

Las transformaciones de todo tipo –sociales, económicas, institucionales o de